

UNA COMEDIA INEDITA DEL LUNAREJO

Por Juan del Rímac

EL AMAR SU PROPIA MUERTE

(Continuación)

ACTO II

ESCENA V

El Rey Jabin, Sísara, Lidoro, Capitán y soldados.

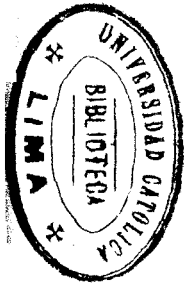
Lidoro. Levántense ya los reales,
despuéblese poco a poco
esa movible ciudad
que forman campales toldos;
desocupen las escuadras
del Tabor los territorios,
aunque quisiste inundarlos
de carmesies arroyos;
marchen, marchen para Azor,
pues los hados son estorbo
de tus intentadas dichas,
de tus presumidos gozos;
marchen para Azor y dejen
libres y con desahogo
a los Hebreos, que tienen
a la fortuna en su abono.
Asombrado estaba el campo
del Cometa prodigioso,

cuando oimos de repente,
 de referirlo me asombro,
 que los parches y clarines
 se tocaron ellos propios,
 la trompa sonó bastarda
 sin que la alentase el soplo,
 destemplado el atambor
 gritó en lamentable tono
 sin que azotase baqueta
 los pergaminos del corcho.
 Qué es esto, sino avisarte
 los ñados ya, sin rebozo,
 que serán, Señor, tus gentes
 de su insolencia despojos?
 qué es esto sino mostrarte
 el cielo, por nuevos modos,
 que antes que logres su furia
 asegures tu real solio,
 tus ejércitos retires
 y pongas tu fama en cobro?

Sísara.

Calla, calla ya, cobarde,
 que de escucharte me corro.
 Buscas achaques al miedo
 en las sombras de un antojo?
 Que suenen funestas cajas,
 que lloren metales roncacos
 sin que los toquen, es seña
 de que el cielo riguroso
 ha de frustrar mis victorias?
 Cómo, dí, es posible, cómo
 que el cielo ni diez mil cielos
 se atrevan a mis desdoros
 Mientras el bastón empuño,
 mientras vibro el férreo tronco,
 mientras la rodela embrazo,
 mientras el alfange arboló?
 Si aquese libro de cielos,
 si ese quaderno de globos
 que de once hojas azules

se forma c eruleo tomo, (1)
 en cuyas planas de vidrio
 marginadas de los polos,
 se forman letras de plata
 y se escriben rasgos de oro;
 si ese pensil turquesado
 cuyos luceros hermosos
 sobre prados de zafir
 son rutilantes pimpollos;
 si ese cielo, si ese cielo
 me agravia y si yo me enojo,
 para rasgarle las hojas,
 para agostarle el adorno,
 escalar  sus esferas,
 poniendo un monte sobre otro
 y quebrando sus cristales
 har  que busque en contorno,
 para báculo los montes,
 para puntal los escollos. (Véase)



ESCENA VI

Dichos, menos Sísara.

- Rey. No s , soldados, qué os diga;
 confuso, triste y medroso,
 mal mis congojas reprimo,
 mal mi turbación reporto.
 El General va enojado,
 el campo anda sin reposo,
 la noche duplica sombras
 y el temor repite ahogos.
 Pero, idos a recoger.
- Capitán. El cielo te haga dichoso. (V nse)

(1)—Alusión tal vez al Zodiaco y sus signos.

ESCENA VII

Rey y Lidoro.

- Rey. Que al alba, en leños de aromas
y en brasas de cinamomos
vea el cielo montes de humo
de las víctimas y votos;
mas donde abraza el amor,
me dice el alma, Lidoro,
cualquier ciudadano es poco.
Vamos, pues, que ya es de noche
a ver el día en los ojos
de Jael; que pues ya pagá
la afición con que la adoro,
podrá tener a fineza
lo que en mi interés fué logro.
- Lidoro. Pues vamos.
- Rey. Dame otro manto.
- Lidoro. Restituya amor los gozos
que te salteó un presagio.
- Rey. Amor, tú lo vences todo.
(Vánse y salen Barac y José embozados, de noche.)

ESCENA VIII

Barac y José.

- Barac. Seguros hemos venido
ya, a las casas de Cineo,
sin que el campo cananeo,
José, nos haya sentido.
Con las tinieblas que viste,
bien la noche nos disfraza.
- José. Esta es de Jael la casa,
si a ver a Jael veniste.
- Barac. Al darme Débora el manto

y el bastón de capitán,
me dijo que de Canán
volveríamos triunfando,
y que no había de tener
yo, del trofeo la gloria,
porque estaba la victoria
concedida a una mujer.
Y así avisarle querría
de este caso a Jael bella,
pues puede ser que hable della
esta feliz profecía.

Nadie sino es Jael fuerte
pienso que la cumplirá,
pues en su casa podrá
darle a Sísara la muerte.
No la dará, porque al fin
es a su patria traidora,
pues Sísara la enamora
y la goza el Rey Jabin.
Yo juzgo que es falsedad
ese rumor que se dice,
pues tal infamia desdice
de su sangre y calidad.
Dicen que Jabin la goza
y lo consiente Cineo,
mas yo, José no lo creo.

José.

No hay en Judea otra cosa.

Barac.

Si es verdad que el Rey Cineo
le permite esa maldad,
sospecharé en su amistad
traición contra el pueblo hebreo,
y, vive Dios, que revuelva
en humo, ceniza y brasas
la amenidad de estas casas,
los árboles de esta selva;
siendo esta pompa que admira,
cuando mi furor la abrase,
rosa que a la aurora nace
rosa que a la tarde expira

Mas, José, ahora entremos
 que, quizá, Jael no es mala:
 luces sacan a esa sala
 que desde aquí abierta vemos. (Vánse)

ESCENA IX

Salen Bato y Mosco con un bufete y Dina
 con una luz que pondrá sobre él

- Dina. Mucho tarda ya. Qué es esto
 que no viene Haber? qué aguarda?
- Bato. La causa porque se tarda
 es porque no viene presto.
- Dina. Majadero, claro está.
- Bato. Pues si está claro y no hay duda,
 para qué me lo pescuda?
- Mosco. Las velas despavilá,
 que yo me voy a cerrar,
 Bato, del jardín la puerta. (Váse)
- Dina. (ap.) Aunque no la deje abierta,
 bien podrá Jabín entrar.

ESCENA X

Dichos y Jael.

- Jael. (Sale con el manto del Rey que llevó Cineo en la mano)
 Cielos, qué congoja pudo
 molestar tanto a mi esposo,
 que anda negando al reposo,
 triste, solo, absorto y mudo.
 Tal vez llora y con enojos,
 calla el mal que le provoca,
 y es porque no hable la boca

(1)—Pescudar, anticuado por preguntar.

lo que pronuncian los ojos;
que para sentir las lenguas
que esferas pasan de agravios,
por la mudez de los labios
tienen los párpados lenguas.
Dejádme sola, y afuera
de mi Cineo esperad, (Vánse)
que siempre en mi voluntad
presente está, aunque le espera.
Ahora entró sin sosiego
y sin verme él, entre tanto
dejó en la sala este manto
y se volvió a salir luego.
No lo entiendo, ni sé cuya
es la ropa que ha traído,
la confusión, mía ha sido
si la congoja fué suya.
Sin duda sospeché ya
que amo a Sísara en su daño,
mas cuando sepa el engaño
mi lealtad confirmará.
A Sísara finjo amor,
por vengar tantos estragos:
serán flores los halagos
al áspid de mi rigor:
y juzgando que hay certeza
en amor que le arma lazos,
cuando me pida los brazos
me pagará la cabeza.
Muera, que de opresión dura
librar a mi patria espero,
que es fácil mate el acero
a quien hirió la hermosura.
Muera Sísara, aunque celos
dé a mi esposo: ardid tan justo,
que es primero que su gusto
el que es gusto de los cielos.
(Asómanse Barac y José al paño)

ESCENA XI

Joel, Barac y José.

- Barac. Esta es la hermosa Jael
que es con verdad peregrina,
gloria ilustre de Israel.
Parece que el Delio coche (1)
en la sala resplandece,
del Sol no es, pues no obedece
los imperios de la noche.
Enciéndense en su arrebol
esas dos bujías bellas,
sino es que sean estrellas
que aprenden luces del sol.
Mas, válgame Dios, qué miro?
- José. Barac, conoces el manto?
- Barac. De su liviandad me espanto.
- José. De sus traiciones me admiro.
- Barac. Su maldad he descubiertó:
- Jael. Espera, detente, escucha,
su engaño y trato alevoso
cierto es; que ofende a su esposo,
que Jabín la goza, es cierto;
y repara mi cuidado
que porque su patria vende,
hacerla reina pretende,
pues su púrpura le ha dado.
No fué mentido el rumor
que publicaba la fama,
que el dar la ropa a la dama,
ha sido abrigar su amor.
- Jael. Ya echo de ver que es el manto
del Rey, el que trajo Haber:
de su amor deben de ser

(1)—El coche de Apolo.

- prendas, pues lo estima tanto.
Barac. Afrentoso vituperio
de Israel, pues así afeas
la luz de nupciales teas
con sombras de un adulterio!
Oh infame! oh falsa homicida
de dos vidas en un punto,
pues si está el honor difunto
siempre es cadáver la vida.
Que sin temor de su esposo
el manto en su casa ostente!
- José. Si su esposo lo consiente
no tienes que estar quejoso,
ni con razón te has movido
a lástimas tan prolijas,
que no es bien que tú te aflijas
si no le pesa el marido.
- Barac. Yo no creo del valor
de Cineo tal afrenta,
ni es posible que consienta
tal ignominia en su honor.
Mas ya sufrirlo no puedo:
yo entro, yo entro de una vez.
- José. Entra tú que eres juez,
que yo a esta puerta me quedo.
(Sale Barac y queda José al paño)
- Jael. General, Padre, Señor,
pues en mi casa, tan tarde,
tanta honra!
- Barac. Dios te guarde.
(ap.) Respeto me da y amor
su modestia y proceder,
y si en mi opinión me fundo
no hay mujer buena en el mundo
si fué mala esta mujer.
- Jael. Si se ofrece en que me mandes,
yo soy tu sierva.
- Barac. Señora,

negocios me traen ahora
tan precisos como grandes.
La vida del pueblo hebreo,
no menos, de ellos pendía,
fiando de tu osadía.
Mas tu infamia, tu vileza,
tu liviandad, tu mudanza,
desalientan la esperanza
que concebí de esta empresa.
No extrañe, no, tu altivez
de este lenguaje el despejo,
que cuando no sea por viejo
reñirte puedo por juez.
Cómo, dí, noble te llamas,
si burlas del Himeneo?
cómo afrentas a Cineo?
cómo tu opinión infamas?
No hay disculpa, no hay disculpa,
y si la das será vana,
pues es proceso esa grana
donde está escrita tu culpa.
Ese carmesí doblado,
ese manto, que en tu ofensa,
presumo que de vergüenza
se habrá puesto colorado,
aquesa púrpura es parte
de que más bien te condenes,
y pues disculpa no tienes,
yo me voy por no escucharte.
Espera, detente, escucha,
porque, vive el Dios que invoco,
ha sido tu seso poco
ni fué mi prudencia mucha:
y a no mirar que de ancianas
cumbres eres monte breve,
que ha coronado la nieve
con la plata de esas canas,
y a no mirar también que eres

Jael.

mi Duque, de otra manera
te enseñara que Jael era
la más leal de la mujeres.
Viste a tierno corderillo
que, cuando al prado cándores,
cogollos muerde a las flores,
ámbares paca al tomillo,
y a los primeros asomos
del león que le acomete,
espeluzado el copete,
crespo el pelo de los lomos,
sacudido al aire el vello
de las melenas bizarras,
corvo el marfil de las garras,
bravo el ceño, erguido el cuello:
y él, postrado a la real bestia
por natural vasallaje,
le sufre cualquier molestia,
le admite cualquier ultraje,
y aun si usa el monarca bruto
de crueldades ordinarias,
le rinde en sangre las parias
y en corales el tributo?
Pues así yo, en mis congojas,
de esta suerte yo, en mis rabias,
cuando enojado me agravias,
cuando atrevido me enojas.
Por Príncipe, en tantos males,
Por Señor, en tantas furias,
te sufro tales injurias,
te tolero oprobios tales.
Cordero, en esta ocasión
seré aunque me ofendas fiero,
si el agravio del cordero
no es ofensa en el león.
Y pues fundaste tu enojo
y pues tu cólera topa,
sólo en la púrpurea ropa

y sólo en el manto rojo:
que yo aquí lo trajera
Cineo la causa ha sido,
culpa fué de mi marido,
cuando acaso culpa fuera,
que de Jabín la amistad
le obligó a tanta licencia:
mas, voime, que tu imprudencia
merece esta libertad. (Váse)

(Continuará)
